

que unas lágrimas del que, habiendo ingresado con sombrías perspectivas de muerte, sentía al salir el goce inefable del renacer a la vida.

Marchaba el visitante. Marchaba con el alma perfumada por un ambiente sereno de caridad y dolor y con la más bella impresión del Establecimiento y del pueblo que había sabido erigirlo y sostenerlo, y ya en la carretera envolvía en una última mirada de simpatía al edificio que, habiéndole descubierto al fin su condición, quedaba allí, en mitad de la sierra, humilde, sí, pero ufano a la vez de su obra bienhechora.

★

Pasaron algo más de treinta meses. ¡Cómo había cambiado! El edificio aquel sufrió también la guerra y más que la guerra la revolución marxista. La pisada de la maldad holló su planta y profanó sus paredes. La ráfaga insana de una hora en desbandada ante tropas invictas desató su furia impotente y rencorosa sobre un inerme albergue de desamparados, que en otro improvisado hogar tuvieron que buscar refugio a tanta vesanía. ¡Incendio! ¡Saqueo! ¡Devastación! ¡Todo el desvelo, todo el trabajo de largos años malogrado en pocas horas por aquel huracán de ira y de perversidad! Solo unas camas retorcidas, andrajos, cascotes, ruina; toda la inmundicia del corazón y del cuerpo quedó esparcida por allí para visión afrentosa de indeleble recuerdo. ¡Ya se apagaron los rayos de aquel maravilloso aparato que penetrando en la entraña investigaban el mal, y se perdieron también aquellos útiles quirúrgicos que, hábilmente manejados, hiriendo daban la vida! ¡Qué no sucumbió a la destrucción o al despojo? Mantas, ropas, documentos, enseres de la cocina. ¡Nada se respetó! Ni el último vaso aquel que colmó la sed del delirante abrasado por la fiebre, ni aquellas sábanas limpias, blancas, que amorosas habían recogido tantas veces la amargura más recóndita del sufrimiento humano o enjugado, quizás, el sudor frío de un pariente, de un amigo o simplemente de un semejante nuestro.

¡Bah! ¿Pero qué importaban estas sutilezas de espíritu a aquellas manos que osaron mancillarse con el robo de tantas prendas veneradas? ¿Qué refinamiento moral cabía esperar de unas almas corroídas por el materialismo más impío, que con sus actos nefandos consumaban el más abominable escarnio a sus propias predicaciones y doctrinas?

★

Hoy, la excelsitud de unas bondadosas Siervas de Dios ha devuelto a galerías y salas su limpieza y su decoro. Sólo su abnegado fervor resiste tareas tan duras y repugnantes a la vez. Los enfermos y asilados gozan de nuevo la dulzura de sus cuidados y en el tranquilo ambiente de un hospital y de un asilo, que es el suyo, encuentran una comodidad que les resarce de azares pasados. Se han efectuado unas obras y la apariencia externa del edificio se halla ya restablecida, gracias a la benévola disposición del Excmo. Ayuntamiento y a la ayuda generosa de algunos pueblos comarcanos que mezclaron en una misma argamasa sus comunes anhelos de solicitud y hermandad. Se han recuperado algunos efectos y se han añadido otros. ¡Pero no es bastante! Quedan aún muchas y profundas heridas por restañar. Faltan aún camas, colchones, sábanas, mantas, ropa de todas clases, batería de cocina, ins-

trumentos de dispensario y clínica, en fin, un sinnúmero de utensilios y objetos que dificultan la útil prestación de los servicios que le son propios y le impiden la entera normalización de sus funciones. Además, urge, no sólo equiparlo y prevenirlo con estas dotaciones más precisas, sino también reemprender unos trabajos cuya persecución aparece hoy truncada por la imperiosidad categórica de la carencia total de recursos económicos, dotaciones y trabajos que, si la benignidad de la estación presente tolera su suspensión, las inclemencias de la próxima los exigirán de manera terminante.

¡Nuestro Hospital está agotado! Su vida es lánguida, penosa, insostenible. ¡Nuestro Hospital está exhausto, abatido por el agobio consecuente a los dispendios onerosos de una administración de dos años y medio sin corrección ni escrúpulo!

★

¿Qué hacer? El problema es de enjundia, pero mientras la vida de estos Organismos no aparezca regulada por la protección oficial del Estado, forzoso les es subvenir a cada uno sus propias necesidades. Sólo la ayuda de Dios, la buena de Dios, la buena voluntad y la verdadera complacencia en el bien ajeno pueden operar el milagro, mas si en un tenaz empeño de patriotismo, de pundonor y hasta de conveniencia pudiésemos llegar a la exaltación sincera de aquellas nobles virtudes, pronto en la reconstrucción de la España Nueva del Caudillo figuraría en primera línea la del Hospital-Asilo de Granollers.

Hoy es apremiante atender a nuestro primer y gran «enfermo» de urgencia y grave: nuestro Hospital-Asilo. No con mezquino afán; con la mano sobre el pecho, espontáneamente, abiertamente. El no exige, él no reclama. Su condición y mansedumbre no lo consienten. Únicamente pide, ruega, suplica, quiere llegar a la fibra más sensible que pulsa el sentimiento caritativo de las gentes para incitarles a prescindir alguna vez en provecho del doliente y del menesteroso de algo que caprichosa y banalmente se emplea en cosas supérfluas o se disipa en una compensación inmediata, sí, pero frívola y pasajera que huye de nuestra conciencia porque no se fundió ni se purificó en el crisol del sacrificio.

Es preciso que todo el mundo sepa, tenga la certeza y viva con la completa persuasión de que desde la munificencia a la insignificante dádiva, todo ha de ser agradecido y estimado y desde luego dedicado, con absoluta rigidez y honestidad, a mitigar dolores y auxiliar miserias.

Si, el espíritu cristiano de amor al prójimo ha de pasar de flor de labios al corazón y todo nuestro decantado humanitarismo transformarse de esencia en sustancia para que cuaje en algo tangible y la ejecutoria de nuestros predecesores no se avergüence de que en el jolgorio de nuestros bailes y en el bullicio de nuestras fiestas, vivamos siempre de espaldas al Hospital-Asilo, sin acordarnos de que hay allí quien sufre y le precisa auxilio, que hay quien gime y espera consuelo y sin pensar siquiera que estamos todos en posible turno para necesitar mañana, cada hora, en cualquier momento, de su aliento sublime, que nos reconforte, que entonces —¡ah entonces!— tratándose de nosotros —¡oh feroz egoísmo humano!—, aunque nos hubiésemos mostrado esquivos a fortalecerse, lo quisiéramos recio, vivificado, infalible...

A.